

Tajamar: Una arquitectura abierta en el Vallecas de los 60

¿Para qué sirven los ventanucos?, ¿por qué se hicieron pabellones de una planta en lugar de dos o tres alturas?, ¿cómo se consiguió hacer obras sin tener que levantar el suelo? Nadie mejor para responder a las preguntas que su arquitecto: D. César Ortiz-Echagüe.

La vitalidad de una institución se puede constatar de diversos modos. En el caso de Tajamar se puede ver, por ejemplo, a través de su arquitectura. Cuando se proyectó en 1960 la sede actual que fue la definitiva, cuenta César Ortiz-Echagüe, uno de los arquitectos que lo diseñaron junto con Rafael Echaide, “la vitalidad que tenía Tajamar nos impidió proyectar el conjunto de forma apriorística y estática. Proyectamos los edificios para que tuvieran la máxima capacidad de adaptación a las circunstancias cambiantes y, sobre todo, a su crecimiento”.

César Ortiz-Echagüe, a sus 90 años se conserva tan bien como los edificios que diseñó. Después de cuarenta años de estancia en Alemania regresó a Madrid en 2016. En una de sus visitas a Tajamar, proyecto predilecto en su carrera, hablamos con él sobre la génesis, el desarrollo y las características de

la arquitectura en este conjunto educativo y deportivo. Recordemos de paso que las tres primeras fases de esta construcción, fueron catalogados por el Ayuntamiento como conjunto de interés urbanístico.

P.- La primera pregunta es obligada, ¿qué pensaron cuando vieron el descampado –solo casas bajas y chabolas o cuevas como construcciones más cercanas- donde debía levantarse Tajamar?

R.- La primera disyuntiva que nos planteamos fue ¿edificio extendido de una planta o compacto con dos o tres plantas? El edificio compacto tiene sus ventajas: menores gastos en cimientos y cubiertas, menores longitudes de canalizaciones, recorridos más cortos. Pero también inconvenientes: las escaleras.

Las ventajas del edificio de una planta son de otro orden: ma-





La torre y el salón de actos de Tajamar a vista de pájaro en la actualidad.



Valores en la arquitectura

San Josemaría Escrivá de Balaguer quería que Tajamar ofreciese calidad humana y profesional a quienes no podían acceder a ella.



yor contacto con el terreno, sus accidentes y su vegetación. Una escala más pequeña y, por lo tanto, más asequible al universo mental del niño. Posibilidad de crear pequeños patios soleados porque los edificios de una planta dan sombras pequeñas.

La gran mayoría de los primeros alumnos no tenían recursos. Pocos conocían la comodidad de una vivienda bien construida, sin goteras, sin filtraciones de aire, sin ruidos. Pero con la pobreza, la mayor pérdida no era la del confort, sino la de los valores. Se perdía la alegría de poseer un jardín y vivir en calles limpias. Estos valores que



“Teníamos un afán de dejar las canalizaciones registrables pero esto chocaba con la construcción en bloques aislados. Lo resolvimos con una galería de servicio subterránea”.



los alumnos no encontraban en casa ni en el barrio era lo que queríamos darles con la arquitectura. Creo que respondía al deseo de san Josemaría Escrivá de Balaguer, que quería que Tajamar ofreciese calidad humana y profesional a quienes no podían tenerla de otro modo.

P.- Un centro educativo como este, para familias con recursos escasos no tendría mucho presupuesto...

R.- La economía la buscamos por otro camino: el de la sobriedad. Economizamos todos los pasillos, sustituyéndolos por galerías formadas por placas sobre perfiles laminados de hierro.

P.- ¿Se construyó todo de una vez?

R.- Se construyó a medida que llegaba el dinero. Creo que construimos bien, sólidamente, para muchos años: muros de ladrillo macizo visto, con zócalos, coronaciones y dinteles de hormigón también visto. Los techos son placas de viruta de madera aglomerada con cemento, material absorbente y aislante.

En la primera fase, de 1961, se construyeron los pabellones A, B, C y D. En la segunda fase, de 1962, se hizo el pabellón E y la casa del guarda; y, en 1963, se levantó la tercera fase: los pabellones F y G y el pabellón central y el salón de actos.

P.- A todos los profesionales les admira que nunca haya habido necesidad de levantar el suelo para hacer trabajos complica-



dos, como puede ser el cableado de todo el centro.

R.- Teníamos un afán de dejar las canalizaciones registrables para asegurar su buena conservación, pero esto chocaba con un obstáculo: la construcción en bloques aislados. Lo resolvimos construyendo una galería de servicio subterránea. Esta galería tiene un canal abierto para las aguas pluviales, que recoge de los patios y un colector en tubo de grés para las

aguas fecales. También lleva las tuberías de agua, calefacción y canalizaciones de electricidad. La galería evitaría, en el futuro, como así ha sido, tener que levantar calzadas y jardines para reparar canalizaciones.

P.- Llama mucho la atención la existencia de unos ventanucos en las aulas.

R.- Las aulas seguían un esquema muy clásico. Planta cuadrada de 8 x 8 m para 36 alumnos

y con iluminación por ambos lados. A la izquierda un amplio ventanal, protegido por la visera y por cristal difusor en la parte alta. A la derecha la iluminación alta, sobre la galería de acceso. Aquí introdujimos una innovación: en vez de hacer practicables esas ventanas colocamos un muro de bloques huecos de vidrio. Los ventanucos de las clases facilitaban una ventilación cruzada de las aulas. Dos minutos eran suficientes para renovar el aire.

Por qué ventanucos

Facilitan una ventilación cruzada de las aulas. Dos minutos son suficientes para renovar el aire.





Verde, que te quiero verde

Tan importante que no se consideraba terminado el colegio hasta que la vegetación tuviera el desarrollo necesario.

P.- Tajamar parece un lugar especial: a los que trabajan, estudian o sólo vienen de visita, sorprende la cantidad de zona verde, el silencio, el canto de los pájaros... ¿Tanta importancia tiene la naturaleza en la arquitectura del centro?

R.- Las distancias entre pabellones (de 12 m) las pensamos a propósito para que se pudieran plantar muchos árboles en los espacios libres. Con todo ello queríamos crear un conjunto poco denso y silencioso que resultara cómodo incluso si se duplicaba o triplicaba –como así fue- el número de alumnos. El espacio verde era para nosotros tan importante que no considerábamos terminado el conjunto hasta que la vegetación tuviera el desarrollo necesario. Por eso ahora se está tan a gusto aquí.

Escribía sobre Ortiz-Echagüe a comienzos de 2017 el catedrático de arquitectura, Alberto



Campo Baeza desde New York: "Que un arquitecto español se atreviera a hacer una estructura de aluminio en los años 50, era más que un atrevimiento. Que, además, a este arquitecto español se le premiara en los Estados Unidos, en Chicago, con el Premio Reynolds en 1957, era una osadía. Y que el premio se lo entregara el mismísimo Mies van der Rohe, era ya demasiado". A los que trabajan o conocen Tajamar esto nos llena de orgullo y de agradecimien-

to, porque hizo posible que trabajar, estudiar y pasear aquí sea como hacerlo en casa.

"Si ahora, los jóvenes arquitectos españoles parece que están poniendo en valor en sus tesis doctorales a arquitectos extranjeros menos conocidos, sería el momento de hacerlo con arquitectos pioneros de la Arquitectura moderna española, como César Ortiz-Echagüe". Es también nuestro deseo.